

Esto es sin duda intolerante, pero son las lecciones de vuestro Maestro y del mío, pues no las invento yo; es menester ponerlas en práctica, para recoger y estar con Él.

Además, veamos el ejemplo que El mismo nos ha dado. Son los hombres apasionados por las riquezas; y El se hizo pobre; buscan los hombres con empeño los honores; y El rehusó ser rey. Tienen los hombres aversión á los ultrajes; y Él quizo sufrir un sinnúmero de insultos; los hombres temen mucho las injusticias, los dolores y la muerte; y Él, á pesar de su inocencia, fué sentenciado, azotado y crucificado. ¿Tengo necesidad de decirlo porque quizo sufrir tanto? Si, exclama un santo Padre; toda esta vida, que se ha dignado pasar acá en la tierra, fué una lección, un modelo, que los cristianos han de imitar<sup>1</sup>. *Él que dice que está en El, debe andar como Él anduvo*<sup>2</sup>. Ahora pues, hermanos míos, ¿están nuestros juicios, nuestros afectos y pensamientos conformes con las lecciones, que os citaba del Evangelio? Si tuvieramos la facultad de escoger, ¿escogeríamos lo que tomó para sí Jesucristo? Y si nuestros sentimientos no concuerdan en modo alguno con los suyos, ¿podemos tener la pretensión de estar y recoger con Él?

PERORACIÓN. Ay! amados hermanos míos, al recordaros verdades tan serias, pienso en mí mismo. ¡Oh, cuán necesaria nos es á todos la bondad y misericordia de nuestro divino Jesús! ¿Es bien seguro que estamos con Él? ¿No tenemos, por el contrario, muchos motivos para temer, que estamos contra Él? Qué indiferencia, qué ingratitud se encuentran en la mayor parte de nosotros! No, ó Salvador mio, no merecíamos lo que habéis hecho por nosotros, y aun muchos de aquellos, que pretenden seros fieles, ¡cuánta negligencia y tibieza demuestran en servirnos!... Habéis recogido durante el tiempo, que estuvisteis sobre esta tierra, estos incalculables méritos, que son el más rico tesoro de la Iglesia y nuestra más dulce esperanza: Y nosotros, despues de tantas gracias obtenidas, despues de tantos sacramentos recibi-

1. Conf. San Agustín, *De Vera Religione*, caput xxxi, t. III, Edición Vivès.

2. I Juan, II, 6.

dos, qué hemos recogido? ¿Qué fruto han producido en nosotros tantas y tan buenas inspiraciones? Qué provecho hemos recogido de nuestras confesiones y comuniones? Adorable Salvador nuestro, con el alma llena de vergüenza y de compuncion osamos comparecer ante vuestra presencia; nuestros corazones están vacíos de todo mérito, y en vez de haber recogido con Vos, hemos disipado locamente las gracias y talentos, que nos habeis confiado. *Perdon, oh Salvador* misericordioso, hacednos la merced de que, sacudiendo nuestra cobardía é indiferencia, y triunfando de esta tibieza, que entorpece nuestras almas, y retarda nuestros pasos en el camino del bien, andemos en lo sucesivo con resolución firme y constante en este camino, que ha de conducirnos á la vida eterna, es decir, á esa vida en que nosotros con los ángeles y bienaventurados disfrutaremos de la dicha de alabarnos por los siglos de los siglos... Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

(JUAN, VI, 1-15.)

### Confesion, invención amorosísima y saludable de la misericordia divina

TEXTO. *Erat autem proximum Pascha, dies festus Judæorum*. Estaba cercana la Pascua, día festivo para los Judíos.

EXORDIO. Hermanos míos, acababa Nuestro Señor de reprochar los Judíos su incredulidad, cuando, segun la palabra del Evangelio de este día, se fué al otro lado del mar de Galilea, que se llama el lago de Tiberíades; y le seguía una gran multitud, porque veían los milagros, que obraba con aquellos, que estaban enfermos. Y subió Jesús á un monte, y sentóse allí con sus discípulos. Y estaba cercana la Pascua, día festivo para los Judíos. Habiendo

Jesús levantado los ojos y viendo que una gran muchedumbre de gente venía á Él, dijo á Felipe: ¿ Dónde comprarémos pan, para que coman éstos? Pero esto lo decía para probarle, pues Él sabía lo que había de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan, para que cada uno tome un pedacito. Dijo uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simon Pedro: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; ¿ pero esto qué es para tanta gente? Y dijo Jesús: Hacedles sentar. Había allí mucha yerba; y se sentaron en número de cerca de cinco mil hombres. Tomó, pues, Jesús los panes, y habiendo dado gracias, los distribuyó á los que estaban sentados, y tambien los peces, cuanto querían. Y despues que quedaron saciados, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Recogieronlos, pues, y llenaron doce cestos de los pedazos, que habian sobrado de los cinco panes de cebada, despues que todos hubieron comido. Y viendo aquellos hombres el milagro, que Jesús había hecho, decían: Este es verdaderamente el profeta, que ha de venir al mundo. Jesús, pues, conociendo que habían de venir para llevarle y hacerle Rey, huyó segunda vez al monte él solo. »

PROPOSICIÓN. Quizás, hermanos míos, al recordarnos este milagro de la multiplicación de los panes, y al decirnos, como lo habeis podido observar que estaba cercana la Pascua, tenga por objeto la Iglesia exhortarnos á celebrar convenientemente la fiesta de Pascua, que se aproxima, y la cual, como sabeis, es la más solemne para los Cristianos. Para celebrarla bien, dos cosas nos son indispensables, es decir que hemos de cumplir los dos siguientes mandamientos: *Todos tus pecados confesarás por lo ménos una vez al año. Comulgarás al ménos por Pascua florida.* Hoy dejando aparte el precepto de la comunión, del cual os hablaré otro día, me ocuparé esta mañana en hablaros de la confesión.

DIVISIÓN. Despues de algunas breves consideraciones, me propongo demostraros, que la confesión es: *primero* una de las más amorosas invenciones de la misericordia de Dios; *segundo*, una de las más saludables.

*Primera parte*: Sí hermanos míos, la confesión es una de las

más amorosas invenciones de la misericordia divina — No le basta, o adorable Salvador, no le basta á vuestro corazon correr con ternura tras de la pobre oveja descarriada. Habeis querido, para disipar todas las dudas y poner fin á todas las angustias, que atormentan al alma del pecador, establecer un medio infalible, para devolver la tranquilidad y la paz á su conciencia, y el cual, calmando sus temores y sobresaltos, le reconciliara seguramente con Dios, siendo para él como un segundo bautismo, y poniéndole de nuevo en el camino, que conduce al cielo. ¡ Oh, sed mil veces bendito! Y, sin embargo, hermanos míos, ¿ cuántas prevenciones, cuántas prejuicios no se tienen contra la confesión!

Al oír esta palabra, *confesion*, no sé que risa burlona parece asomarse á los labios de tal mujer, que no quiere hacer uso de este remedio; las jóvenes, que la han abandonado, ó que están á punto de abandonarla, balbucean tambien, no sé qué palabras. Algunos hombres que me escucharían de buena gana, si se tratara de otro asunto, parecen decirme: ¡ oh, habladnos de otra cosa, pues ya nos habeis hablado bastante de la confesión!...

No, hermanos míos, tengo aquí que cumplir con un deber sagrado, debo deciros toda la verdad, y Dios me castigaria, si obrara de otro modo... En estos días, en que entramos, nos está prescrita á todos la confesión, como preparación á la comunión pascual, nos está mandada á todos bajo pena de pecado mortal. *Todos tus pecados confesarás por lo ménos una vez al año!*... ¿ Lo entendeis bien? No he hecho yo este mandamiento, sino Dios mismo por boca de su Iglesia. Tal es el único medio de volver de nuevo al camino de la salvación.

¿ Ah, amados hermanos míos, si fuésemos ménos cobardes é ignorantes; si comprendiésemos mejor lo que es la confesión, no la temeríamos tanto, y la Iglesia, nuestra buena madre, no tendría necesidad de prescribírnosla por un mandamiento formal. ¿ La confesión? como lo decía, es una de las más amorosas invenciones de la misericordia divina. Eso no admite duda alguna.

Nuestra religión es una religión amorosa; sus misterios son

otros tantos testimonios adorables de la ternura de Jesucristo para con los pecadores!... ¡Qué amor el que impulsó á este adorable Salvador á morir para salvarnos, y qué pensamientos tan tiernos debe la vista de una cruz excitar en nuestras almas! ¿Qué amor el de un Dios escondiéndose en la santa Eucaristía, viviendo siempre entre nosotros, y alimentándonos con su sagrada carne! ¡Oh misterioso tabernáculo, manantial maravilloso, de donde brotan olas de amor! Adoremos, hermanos míos, á Jesús que desde allí nos mira y nos ve... Pero qué amor, qué inefable ternura, ó bondadoso Salvador, os ha determinado á instituir el sacramento de la penitencia!...

Comparad, pues, ó amados hermanos míos, este sagrado tribunal con los tribunales de la justicia humana; Ah, qué diferencia!... Estos últimos han sentenciado muchas veces á inocentes, mientras que el otro absuelve á los culpables!... Ante los jueces de la tierra, de nada sirve el arrepentimiento ni para perdonar el castigo, ni siquiera para aliviarlo; que el criminal deplora su crimen ó permanezca endurecido, lo confiese humildemente ó lo niegue con audacia, poco importa: lo expiará igualmente, ó en las cárceles, ó en el patíbulo. En el tribunal de la penitencia el arrepentimiento tiene una maravillosa eficacia; Dios que no quiere la muerte del pecador, sino su enmienda, le perdona desde el momento que cambia el corazón del mismo... ¿Habeis cometido crímenes de todas clases, os habeis manchado con mil perversidades? venid, venid á confesarlos con humildad; arrepentíos sinceramente: todo será olvidado, y el perdón penetrará en vuestra alma como un bálsamo divino!... La justicia humana se ejerce públicamente; ¿No sabeis, hermanos míos, que ésta tiene poco cuidado del honor y reputación del reo; qué digo? imprime en su persona una vergüenza, una mancha, que recae hasta en sus hijos. La misericordia divina, que juzga en el tribunal sagrado, vela con cuidado por la reputación del reo; por enormes que sean nuestras culpas, y por horrosos que sean nuestros crímenes, quedarán encubiertos y callados; el corazón del confesor, del ministro de Dios es un santuario impenetrable y preferirá sufrir la muerte, ántes

que revelar la más mínima circunstancia, que pueda descubrir nuestro secreto.

Un día un emperador de Alemania, llamado Wenceslao, tuvo la osadía de querer arrancar el secreto de la confesión á un santo sacerdote. Le hizo desde luego las más hermosas promesas, le dió pruebas de la más tierna amistad, prometiéndole las más apetecibles recompensas. El humilde sacerdote opuso á todas estas seducciones el más obstinado silencio. Creyéndose menospreciado este príncipe, que la historia nos representa como un monstruo de crueldad, recurrió á las amenazas; pero en vano tortura los miembros del confesor, los golpes, con que le destroza, y las teas inflamadas, con que quema sus costados magullados, nada en fin es bastante á quebrantar el valor de este digno sacerdote. ¡O Jesús, ó María, solamente para invocar vuestros nombres sagrados se abrió su boca ensangrentada! Ni una palabra, ni una sílaba de la confesión sale de sus labios. Después de varias tentativas inútiles, hizo el tirano, que se le precipitara atado de piés y manos en un profundo río, que riega la ciudad de Praga, en Bohemia. Este santo sacerdote, este mártir del secreto de la confesión, al cual imitaríamos todos cuantos somos, si la ocasión se presentara, es san Juan Nepomuceno<sup>1</sup>.

Pero no está todo ahí; no sólo quiere Jesucristo, que el honor y la reputación del culpable se salven, si que exige también, que sea acogido con bondad, y con la más inefable ternura. ¡O Dios mío, si pudiera, hermanos míos, haceros comprender bien, qué bondad, qué amor y qué afecto pone Dios en el corazón de un confesor!... O estimados pecadores, ¿no lo habeis experimentado ya? ¿Acaso todos nosotros no tenemos experiencia de éllo? Sí, lo quiere así Jesucristo; aun cuando hubiésemos renegado de su nombre, abjurado su fé, pronunciado las más injuriosas blasfemias y manchado nuestra alma con mil crímenes, poco importa; si la gracia ha penetrado en nuestros corazones, y si penetrados del arrepentimiento de nuestras faltas, venimos á confesarlas, di-

1. Véase su Vida Ribadeneira (16 de Mayo).

ciendo con dolor: « Padre mío, he pecado; » no, no seremos ya sus enemigos: seremos á los ojos de Dios, á los ojos de su representante, pobres ovejas extraviadas, que volverá á traer con alegría al buen camino. ¡ Pobres hijos pródigos, vueltos de muy léjos! él, á quien llamaremos nuestro padre, tendrá para nosotros un corazón paternal, palabras de consolación, de ternura y de amor; Dios nos devolverá su gracia y amistad; nuestros ángeles de la guarda se regocijarán de nuestro regreso. Como santa Magdalena, como san Augustin y otros grandes pecadores vueltos aun de muy lejos, podremos ser los hijos queridos de Dios y poseerle un día en el cielo!... ¿ Halláis, pues, ó amados hermanos míos, invención más amorosa de la misericordia divina, que esta invención, que desdeñáis, y que se llama la confesión?

*Segunda parte.* Además, he añadido, que la confesión era una de las más saludables invenciones de esta misma misericordia. Hé aquí lo que querría demostraros en pocas palabras. La confesión responde á una necesidad de nuestros corazones, nos tranquiliza sobre lo pasado, y nos fortifica para el porvenir.

La confesión responde á una necesidad de nuestros corazones. Os asombráis quizás, amados hermanos míos; pero aquí no me dirijo á impíos, supongo que tenéis la fé; que, como yo, creéis en la obligación de observar la ley de Dios y en la necesidad de hallarnos puros y sin pecados graves, cuando comparezcamos ante su tribunal. Pues bien, volvamos á reflexionar sobre nosotros mismos — ¡ Oh conciencia, ¿ qué nos dices? ¿ Es realmente una institucion justa y sabia la confesion? ¿ Responde, en efecto, á una necesidad del alma la confesión instituida por Jesucristo, y la cual nos exige la Iglesia, al ménos una vez al año?...

— Nuestra conciencia tal vez se calle, ¡ tendría demasiado que decir!... Pues bien, voy á responder por élla... ¿ Quién de nosotros, despues de haber pasado un año ó algunas veces más largo tiempo sin confesarse, no siente la necesidad de hacerlo? Cuando pensáis en la muerte; cuando acostados en vuestro lecho, os representáis, que pueden mañana sacaros del lugar donde estáis, para ponerlos en vuestro féretro, vosotros que no os confesáis,

¿ estais tranquilos? No os hace sentir el remordimiento sus agudas mordeduras? ¿ Osaríais decir, que sois justos ante Dios?... Hermanos míos, no nos hagamos aquí ilusiones; echemos una rápida ojeada sobre nuestra vida, veamos cual es nuestro estado. ¿ Hemos permanecido siempre fieles á Dios? ¿ Hémosle rogado tambien por mañana y tarde, asistido cada domingo á misa, rendidole los homenajes y respeto que le debemos? ¿ Hemos sido siempre justos para con el prójimo? ¿ Hemos respetado sus bienes, honor y reputación? ¿ Hemos ahuyentado de nuestros corazones la envidia, la ira y el encono? ¿ No hemos, nunca, incurrido en la maledicencia y calumnia? ¿ Hemos sido sinceros en nuestras palabras, castos en nuestros pensamientos, templados en nuestras comidas, virtuosos y honestos en nuestros actos? Si Dios, apareciendo de repente en medio de esta reunión, viniese á explorar nuestros corazones y examinar á fondo nuestras conciencias, ¿ podríamos sostener su mirada, sin tener vergüenza? ¿ No hallaría en lo más profundo de nuestras almas, aquí dentro de nuestros corazones, alguna lepra horrosa y oculta?... ¡ Ah, comprendo ya porque nuestras pobres conciencias no osaban responder!... Pues, decidme, amados hermanos míos, ¿ por qué medio se puede restituir la paz á nuestros corazones, restablecer la calma en nuestra conciencia turbada, hacer reflorcer la tranquilidad en nuestras almas, atormentadas por el temor de los juicios de Dios? La confesión, sí, solamente la confesión puede devolvernos la calma, la tranquilidad y la paz, que el pecado nos ha hecho perder, y de esta manera responde élla realmente á una necesidad de nuestros corazones...

Nos tranquiliza de lo pasado. ¿ Queréis de éllo un ejemplo escogido entre mil? Una viuda, aun jóven, llamada Ángela y nacida en Foliño, nos lo dará á conocer. Ha pasado varios años en medio de las seducciones y placeres del mundo; pero su alma, atormentada por el desórden de los apetitos y por los remordimientos, no puede gozar de las dulzuras de la paz. « Hasta entonces, dice, me había confesado mal, no estaba tranquila; pero Dios tocó mi alma, hice una confesión general de todos mis pecados, y luego despues sentí una dulzura, una calma y alegría, que no

había sentido desde largo tiempo ! » Sí, alma fiel y predestinada vuestra tan humilde y sincera confesión os tranquilizó de lo pasado. ¡Pobre pecadora convertida! cuántas gracias os aguardan, cuántos favores recompensarán vuestra humildad!... Beberéis en la misma llaga del corazón de Jesús aquella sangre preciosa, que los otros reciben místicamente en la adorable Eucaristía<sup>1</sup>. Colmada de las más dulces favores y segura de que vuestros pecados pasados están perdonados, dormiréis tranquila en la paz del Señor, y como el inocente Luis de Gonzaga, al volar al cielo, podréis decir: Partimos con alegría. *Lætanter imus*?... ¡ Oh poder de la confesión para consolar las almas! Y, hermanos míos, ¿ no podría yo apelar aquí á vuestra propia experiencia? Quizás os haya sucedido antes de vuestra primera comunión el cometer algunas faltas graves? Decidme, son éstas las que atormentan vuestra conciencia?... ¡ Oh no, decís, me he confesado bien, creo haber hecho una buena primera comunión, y estoy tranquilo con respecto á estas faltas. — En otras épocas de vuestra vida quizás os dejasteis seducir por unas pasiones, que habian impreso en vuestra alma algunas manchas, pero antes de recibir, bien sea la confirmación ó el sacramento de matrimonio, á propósito de una misión habeis hecho una buena confesión, volviendo sinceramente hacia Dios; y estoy persuadido que así lograsteis quedar tranquilos sobre todas vuestras faltas... Ved, pues, amados cristianos, como tenía razon, al decir que la confesión nos tranquiliza de lo pasado...

La confesión nos fortifica para el porvenir. Cuentan, que un intrépido cazador, llamado Bláesi, habiéndose extraviado un día en las cimas heladas de los Alpes, al perseguir á un ható de gamuzas, estuvo diez horas suspendido de la punta de una roca; de lo cual sus cabellos se volvieron blancos. Salvado por un compañero, le da su escopeta, jurando no volverla á usar más. Pero ápenas habia andado algunos pasos en la montaña cuando se dejó ver una gamuza detrás de una breña. Bláesi se echa sobre su arma, exclamando:

1. *Vida de la bienaventurada Ángela de Foliño.*

mando: Soy siempre cazador. » Se pone en seguida á la persecución de su presa, sin pensar más en su agonía de toda una noche, y pocos dias despues espiraba, víctima de su pasión aplastado por un alud<sup>1</sup>. Tal es, hermanos míos, la historia de toda pasión, sea cual fuere. Orgullo, ira, avaricia, impudicia; una vez entregado nuestro corazón á cualquiera de estas pasiones, ya no hay remedio; es su presa, lo lleva trás sí, le domina, y por sí solo él ya no la vence, y como el cazador, de quien acabo de hablaros, á pesar de los peligros, á pesar de los obstáculos, la seguirá, aun cuando le cueste no sólo la vida corporal, sino su salvación eterna. Sólo la confesión, amados míos, puede no solo hacernos fuertes y enseñarnos á combatir nuestras pasiones, sino tambien darnos la gracia, para vencerlas. Un pobre pecador, tiranizado por la impudicia, se presenta una tarde á san Bernardo, desesperando de su salvación, y luchando desde largo tiempo, pero siempre sin éxito contra esta terrible pasión. ¿ Va el santo á desanimarle y hacerle desesperar de su curación? No, le da el consejo de confesarse á cada recaída, y en ménos de un año aquel hombre, habiendo seguido el tal consejo, habia domado su pasión y convirtiéndose en un modelo de piedad. Usemos, hermanos míos, de este remedio; recurramos á la confesión, cuando sintamos necesidad de hacerlo, y experimentaremos cuán verdadero es que élla nos fortifica contra los peligros del porvenir.

PERORACIÓN. ¿ He conseguido, amados hermanos míos, haceros comprender, que la confesión es realmente una de las invenciones más amorosas y saludables de la misericordia divina? Y entonces, puesto que es el único medio de volver á entrar en el camino del cielo, cuando hemos tenido la desgracia de alejarnos del mismo, ¿ porqué descuidamos el recurrir á ella? ¡ Ay! las razones, que alegamos, tienen poco valor, y nuestras excusas son frívolas, sobre todo cuando se trata de cosa tan importante como nuestra salvación eterna. Tendrémos ocasión mas tarde de examinar algunos de estos pretextos; espero con la gracia de Dios

1. Conf. Teschudie, *la Vida animal en los Alpes.*

demostraros cuán fútiles son ellos, pero permitidme esta mañana que termine, dándoos un consejo. Cuando se quiere curar á un niño del miedo de los fantasmas, se le conduce directamente al objeto de su miedo. Despues de haberlo tocado, no teme ya más el niño y está tranquilo. Pues bien, amados míos, ¿deseáis curaros del miedo de la confesión? Id directamente á confesaros, y veréis, como otros tantos, que la confesión es un remedio divino, cuyas dulzuras sobrepujan la amargura, y saboreando los frutos tan dulces de vuestra reconciliación con el Dios de las misericordias, prepararéis vuestra alma para saborear un día los goces eternos del cielo.... Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE PASION.

(JUAN, VIII, 46-59.)

#### Obligación de convertirse lo mas pronto posible.

**TEXTO.** *Qui ex Deo est, verba Dei audit.* El que es de Dios, oye las palabras de Dios.

**EXORDIO** — Hermanos míos, el tiempo de la Pasión de nuestro divino Salvador se acercaba ; Él sabía que los Judíos trataban de matarle. Queriendo ilustrarles sobre sí mismo, tuvo con los primeros de ellos una larga conferencia en el templo, y de esta conferencia, que nos ha transmitido el Evangelista San Juan, está sacado el Evangelio de este día. ¿Quién de vosotros les dijo, podrá convencerme de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?... Él que es de Dios, oye las palabras de Dios.

Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. — Respondiéronle, pues, los Judíos, y le dijeron : ¿No decimos nosotros bien que tu eres Samaritano y estás endemoniado? Respondió Jesús : Yo no estoy endemoniado, sino que doy honor á mi padre,

y vosotros me habeis deshonrado ; pero yo no busco mi gloria, hay quien la busque y haga justicia. En verdad, en verdad os digo : Si alguno guarda mi doctrina, no morirá jamás. Dijéronle, pues, los Judíos : Ahora conocemos que estás endemoniado. Abraham y los profetas murieron, y tu dices : Si alguno guarda mi doctrina, no morirá jamás. ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro Padre Abraham, que murió, y que los profetas, que también murieron? ¿Quién pretendes ser tú? Respondióles Jesús : Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria es nada, mi padre es él que me glorifica, aquel que decís vosotros ser vuestro Dios ; y sin embargo no le conocéis, pero yo le conozco, y si dijera que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Pero le conozco y cumplo su palabra. Vuestro padre Abraham suspiró por ver mi día : lo vió y se regocijó — Dijéronle los Judíos. No tienes aun cincuenta años, ¿y viste á Abraham? — Respondióles Jesús : En verdad, en verdad, os digo : Antes que Abraham fuese hecho, yo soy. Entonces cogieron piedras para echárselas ; pero Jesús se escondió y salió del Templo. »

Todavía aquí, hermanos míos, se nos manifiesta la malicia, la perversidad y el endurecimiento de los enemigos del Salvador. Si obra milagros, quedan aquellos insensibles ; y como no pueden negarlos, los atribuyen al poder del demonio. Si, por su bondad, se digna iluminarlos é instruirlos, en vez de recibir sus lecciones con agradecimiento, le apodan llamándole Samaritano, y diciendo que está poseído del demonio. ¡ Miserables, una tal ceguedad, despues de tantas gracias, merecía bien las calamidades y desdichas, que cayeron sobre vuestra nación endurecida !...

**PROPOSICIÓN.** En cuanto á nosotros, amados míos, no seamos del número de estos obstinados ; demostremos que somos los hijos de Dios, escuchando y cumpliendo su palabra. Entre estas enseñanzas del Salvador hay una, que en este mismo discurso repite varias veces <sup>1</sup>, y sobre la cual me propongo llamar vuestra atención en esta mañana. *Me buscaréis, y no me hallaréis, y en vuestro pe-*

1. Juan, VIII, 21-24.